

## CUARTO FRIO

Aquel día llovía como casi nunca en esta ciudad. La parada de autobús presentaba “overbooking” de paraguas, y la marquesina se había convertido en el perfecto refugio urbano para un par de bebés y sus madres, que se afanaban en aislar a sus pequeños a base de capotas de plástico transparente que me retrotraían a los tiempos del primer “niño burbuja”.

Agobiado por la espontánea aglomeración, decidí caminar hacia el restaurante sorteando el aguacero entre soportales y toldos que ya iban embolsando una cantidad considerable de agua. Tardé apenas quince minutos en llegar, pero antes de entrar me tomé el para mi obligatorio café que amablemente me servía Maribel cada mañana, y que consumía a pequeños sorbos mientras comentábamos, casi siempre, muy de pasada, los pequeños acontecimientos que se producían en nuestras anodinas vidas.

Las 9:15, hora de trabajar. Estaba bastante acostumbrado a pasar mi jornada de trabajo fregando platos y limpiando encimeras. Algunas veces el cocinero me confiaba tareas de mas responsabilidad que consistían en cortar la verdura del guiso del día o reorganizar la cámara frigorífica, ocupaciones frustrantes a mis 45 años y después de haber cerrado mi propio negocio. Tras dos años parado, ese puesto de pinche era lo único a lo que pude agarrarme para salir de la ruina o al menos poder subsistir.

Me dirigí a mi taquilla y encontré pegado el “post-it” que había dejado Jerome, el cocinero, -Recontar y organizar la partida de carnes-.

Me puse el anorak para entrar a la cámara frigorífica. La ténue iluminación convivía con el frío silencio que imperaba en aquella habitación climatizada, y al fondo de ésta, las carnes colgadas de los apropiados ganchos. A medida que me acercaba, un goteo como de agua pero de sonido algo mas grave, empezó a reclamar mi atención. De una de las estanterías sobresalía algo. Activé la linterna de mi teléfono y enfoqué el lugar, en ese preciso momento se cortó mi respiración y mi cuerpo quedó totalmente paralizado, un brazo ensangrentado pendía de una de las baldas. Al agacharme comprobé que el cuerpo sin vida de un hombre de mediana edad descansaba encogido entre solomillos y costillares. Corrí despavorido, pero resbalé en el charco de sangre lo que me obligó a gatear hasta la puerta entre gritos ahogados por el propio pánico.

Al salir, me encontré de frente con Jerome, que acabaría de llegar, y uno de los pinches que habría enviado la escuela de Hostelería, ambos me miraron de manera inquisitoria esperando una explicación sobre mi estado.

Cuando les conté lo sucedido se echaron a reir de manera casi insultante. Jerome me consoló fraternalmente regalándome un tímido abrazo, y me invitó a acompañarle a la cámara para comprobar que todo estaba bien y

de paso recordarme que cambiara los tubos fluorescentes que se habían fundido haciendo del lugar una estancia de lo mas lúgubre como conté antes. Al llegar a la estantería quedé estupefacto, nada raro, solo carne y mas carne.

Me sentí ridículo y a la vez confundido, nunca me había pasado algo parecido. Yo trataba de explicar lo visto con pelos y señales pero solo recibí invitaciones para irme a casa a descansar, a lo que me negué rotundamente.

Todo iba transcurriendo con normalidad y la cocina estaba funcionando a pleno rendimiento. Eran mas de las cuatro y ese día tocaba guardia por lo que me dispuse a disfrutar de la hora que tenía para comer. Maribel fué mi compañía en la mesa pero estaba rara, poco habladora. Pasados unos minutos le pregunté que pasaba. Tras unos instantes de duda en los que dirigió su mirada al techo, me contestó:

-Lo que te ha pasado esta mañana, no es la primera vez que ocurre.

Suspiré aliviado mientras ella continuaba con la explicación.

-Hace mas de 30 años uno de los cocineros apareció muerto en el frigorífico. Según me contaron fue asesinado por su esposa, supongo que por celos o algo así, y desde entonces han sido varios los casos de trabajadores que han vivido lo mismo que tú, lo que ocurre es que la mayoría lo han callado por miedo a ser tomados por locos y porque los jefes se han preocupado de que esto no se haga público.

-Entonces, tú me crees.

-Sí te creo ,y espero que sirva para consolarte, pero no esperes que defienda tu historia, no quiero problemas.

-Te entiendo, espero que no vuelva a ocurrir.

-Yo también lo espero.

Acabé de comer y volví a la cocina, con la idea de sustituir los tubos fundidos de la cámara. Cogí una pequeña escalera y abrí la puerta del frigorífico. Todo parecía tranquilo, pero yo seguía algo inquieto y sin saber por qué guardé uno de los cuchillos que usaba para pelar patatas en uno de los bolsillo del pantalón.

Procedí a quitar la carcasa protectora de la regleta que soportaba la iluminación cuando, de pronto, una especie de niebla comenzó a rodearme.

Mi corazón se aceleró, solo se me ocurría salir de allí. Al querer bajar el primer peldaño algo o alguien golpeó mi espalda haciéndome caer de bruces al suelo. Sacando fuerzas de no se donde conseguí levantarme encontrando frente a mi lo que supuse era mi agresor. Saqué el cuchillo y lo clavé varias

veces en lo que tenía delante. En pocos segundos la niebla desapareció y la luz antes fundida lucía como recién estrenada. En ese instante escuché sirenas de ambulancia y apenas me incorporé,, un sanitario solicitaba mi brazo para tomarme supongo que la tensión. Alcé la mirada y comprobé como mi victima había sido un trasero de ternera que colgaba aún balanceante. Tras esto perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba en una cama de hospital donde un enfermero me tranquilizaba diciéndome que había sufrido una crisis de ansiedad.

A la mañana siguiente recibí el alta, y apenas al salir por la puerta de urgencias un tono de mensaje hizo vibrar mi celular, era un whatsapp del restaurante agradeciéndome los servicios a la empresa e invitándome a pasar por la gestoría para firmar el finiquito. Otra vez en la calle.

Pasada una semana decidí pasarme por el local a saludar a los compañeros, sobre todo a Maribel. Pero cual fue mi sorpresa cuando vi que la entrada estaba precintada y rodeada de tiras de plástico de esas que suele poner la policía. Pregunté por lo ocurrido en la tienda de ultramarinos que hay junto al restaurante. Luis ,el dueño, se extrañó de que no conociera la noticia. Jerome había aparecido salvajemente apuñalado dentro del cuarto frigorífico.

Quizás sea cruel, pero para mí fue un consuelo...